

La pasión bibliométrica

Hace menos de una década que una nueva y discutida práctica se ha levantado en el campo de las ciencias físicas y humanas: la pasión bibliométrica. Relatar el proceso tras el cual hemos llegado a un punto absurdo, donde los resultados en humanidades y ciencias sociales resultan mensurables en términos estadísticos, debería ser ya hasta banal. Sabido es que las nuevas tendencias, procedentes del mundo anglosajón, sobre todo británico, tienden a establecer controles de calidad, medibles en términos estadísticos, y que en consecuencia puedan ser puestos en relación comparativa en un mundo globalizado, el cual a la vez que igualitario necesita imperativamente conocer sus jerarquías internas para hacer una simulación de eficacia.

El modelo, también es conocido sobradamente, procede de una emulación mimética de la praxis de las ciencias naturales y físicas, aquellas que han adquirido su fundamento en los mecanismos de la prueba científica, y se han desprendido de toda la ganga procedente del mundo mágico. Los principios axiológicos sobre los que se fundamentan son muy firmes, moverlos exigiría un largo y convincente proceso de demostración empírica que, por lo general, caso de cambiar, supone abrir paso a una “revolución” epistémica. Por eso la comunidad del conocimiento científico experimental se hace necesaria, y compartir al minuto, si no al segundo, los alcances cognoscitivos, es condición *sine qua non* de progreso. Difícilmente estos logros se alcanzan ya en solitario, y los artículos científicos deben ser surgir de laboratorios colectivos, jerarquizados internamente, desde donde se publicitan los avances a través de un bien regulado sistema de revistas. En consecuencia, cada artículo elaborado en laboratorio es firmado por decenas de personas frecuentemente, evaluado por los pares, y situado en el orbe mediático y académico, en lengua vehicular inglesa, donde recibe el reconocimiento a través del número de citas. Estas, suelen ser muy numerosas, a veces apabullantes.

El mundo de las humanidades y ciencias sociales, sobre todo de las primeras, pero frecuentemente de ambas en la medida en se injertan las unas en las otras, sobre todo a través de la cultura, es muy distinto. Es un trabajo escasamente globalizado. El inglés estándar a pesar de que ha avanzado en diferentes áreas de conocimiento, sigue, y probablemente seguirá, sin tener la condición de lengua franca, como en las citadas ciencias axiológicas. Las necesidades de comunicación vernacular en lenguas de origen son evidentes cuando tratamos con materia humana, ya que harían falta unos niveles de intimidad con el inglés que solo los nacidos en un medio angloparlante podrán dominar. La tradición de otras lenguas, el francés, el castellano, el italiano y el alemán, en el medio europeo solo, por no citar las lenguas maestras de otras latitudes,

y la cantidad de literatura humanística vertida en ellas, complica aún más el asunto. La presencia del conocimiento local es un hecho. Solo a título de ejemplo, que nos concierne: eliminar el francés como lengua vehicular del pensamiento antropológico aún hoy día resulta casi imposible. No se trata solo de tradiciones que van a ser barridas por el tiempo como hojarasca, es que se sigue pensando y escribiendo en ellas. El italiano posee en antropología una escuela de pensamiento de primer nivel. El árabe se abre más lentamente camino. En fin, que a la vista de la vitalidad del pluralismo expresivo de la comunidad científica en humanidades, resulta poco menos que inútil pretender establecer un monolingüismo en la cadena de transmisión.

De otra parte, la producción científico social y humanística, considera que el libro, y no el artículo, es su máximo logro. En esta cadena el editor, más artesanal y menos burocrático que el evaluador de revistas, establece sus criterios de calidad, intentando llegar a un público cultivado. Siempre, en lo más alto del prestigio académico estuvieron las editoriales reconocidas y la necesidad de culminar la carrera académica con ediciones de monografías. Si bien ya están lejos los años sesenta en que las monografías antropológicas, filosóficas y ensayísticas encontraban un gran eco, aún permanece este criterio, difícil de doblar.

Parece evidente, que la bibliometría no nació para las ciencias sociales y humanidades, y que la aplicación de este modelo en su campo, responde a criterios de jerarquización ajenos procedentes del ámbito comercial y de la administración estatal del conocimiento, aunque esta haya delegado en el primero la medición. Todo ello presidido por unas formalidades, solo formalidades, que hacen muy difícil el diálogo científico. Las nuevas generaciones de investigadores se enfrenta así a un monstruo, no sabemos si de pies de barro, que orienta sus carreras y hasta sus vidas. Una gran angustia los acongoja en cada esquina. Sabedores de que su obra no se evalúa por calidad ni profundidad —que exige años de trabajo— tienden a tirar por el atajo proclive al oportunismo: *collages*, plagios, parafraseos, lecturas superficiales, etc. Hay quien echa en falta a los grandes “maîtres à penser” de los años dorados de las humanidades, incluida la antropología. No basta con lamentarse, hay que hacer frente a la pasión bibliométrica con mecanismos de comunicación científica críticos y no adeptos a la cuantificación. Pero también es cierto que se hace necesario un control de la calidad que solo se puede adquirir mediante la práctica colectiva de la razón crítica articulando los medios de comunicación científica capaces de entrar en el debate de ideas y pruebas. Rechazar la pasión bibliométrica exige, pues, elevar el nivel de excelencia del discurso crítico.